

NO es un viaje propagandístico ni preelectoral", insistía una y otra vez el presidente Suárez a los periodistas que le acompañaban en su periplo europeo. Y muchos de éstos se preguntaban perplejos: si no es propagandístico ni preelectoral, ¿para qué sirve este viaje? Ni un solo acuerdo concreto se ha traído el presidente del Gabinete español de su visita a cuatro capitales europeas, ni un solo paso hacia adelante se ha conseguido en el durísimo camino de acercamiento a la Comunidad Económica Europea (CEE). Y, por el contrario, se han confirmado los importantes impedimentos que alejan hasta no se sabe cuándo la fecha de la integración española. Desde luego, el viaje no ha sido propagandístico ni ha cumplido sus supuestos fines preelectorales: porque si, como muchos sospechan, éstos fueron los objetivos de partida, el tiro le ha salido por la culata al presidente del Gobierno, puesto que ninguno de ellos se ha cumplido.

En Holanda, un primer ministro dimisionario, Joop den Uyl, le dijo a Suárez lo que se sabía en Madrid sin necesidad de hacer viajes tan costosos: que no había impedimentos políticos para la entrada de España, pero que su país, al igual que Bélgica y Luxemburgo, defienden una reestructuración a fondo de las instituciones comunitarias destinada a reequilibrar la fuerza de los distintos centros de poder comunitario. El Benelux se siente arrinconado entre Francia y Alemania y no está dispuesto a permitir la entrada de nuevos socios en la CEE mientras esta reestructuración, que por motivos distintos otros países también solicitan, no se lleve a cabo.

No cabía esperar más de los holandeses. Y ya es demasiado tarde, y las circunstancias españolas no son demasiado propicias para tratar de capitalizar el reconocimiento holandés de la democracia española.

Después de constatar estos hechos frente a un primer ministro dimisionario, Suárez se fue a Copenhague para entrevistarse con un jefe de Gobierno, Anker Joergensen, cuya reciente decisión de devaluar la corona danesa en un 5 por 100 le puede costar el puesto. Y frente a un interlocutor tan inseguro de su cargo, el presidente español no consiguió mayores avances que los logrados en Holanda: nada. Dinamarca, uno de los socios jóvenes, cuenta poco en la Comunidad y comparte, obligadamente o no, los criterios mayoritarios.

De Copenhague a París, Suárez, que viajaba con varias decenas de periodistas españoles,



Adolfo Suárez con el primer ministro italiano Giulio Andreotti, en su reciente visita a Italia: un viaje "a lo Kissinger" sin resultados concretos.

Suárez, en Europa

UN VIAJE SIN SENTIDO

CARLOS ELORDI

empezó a comprobar que las reacciones españolas no eran lo positivas que cabía esperar: pese a los cinco minutos que se concedían al viaje en cada Telediario, cantidad realmente asombrosa, la prensa escrita enjuiciaba en términos poco alentadores el periplo del presidente. Los efectos propagandísticos se disipaban por momentos. Y ello ocurría precisamente cuando Suárez se enfrentaba al hueso más duro: la Francia preelectoral, que no cede en el terreno agrícola.

Lo que ocurrió en París se podía haber previsto con pelos y señales desde Madrid: un cuidado comunicado del Presidente Giscard en el que se venía a confirmar lo ya sabido. Francia no pone impedimentos de principio a la entrada de España en el Mercado Común, pero ésta no podrá tener lugar mientras no se haga una transformación de las instituciones comunitarias y de

la política agrícola común. En pocas palabras, se confirmaba la impresión de que el proceso de integración española en la CEE puede durar muchos años.

El problema de la reforma de las instituciones es hoy uno de los más cruciales a los que se enfrenta la Comunidad: todos sus miembros coinciden en señalar la necesidad de esta reforma. Pero existen distintas ópticas sobre el tema. Italia, Francia, Alemania y Benelux, sin contar a la propia Inglaterra, tienen propuestas muy distintas al respecto. Cabe, por tanto, predecir que el debate, acuciado sin duda por la crisis económica, va a durar bastante. Será un debate político, de fondo, determinado por los cambios de protagonismo que se han producido en los últimos años dentro de la Comunidad y por el propio cambio en el concepto de "européismo", y condicionado en todo momento por los

avatares de la política interior de los países miembros.

Si a la espera de resultados en este terreno se añade la necesidad, por parte española, de esperar un replanteamiento de la política agraria común, punto irrenunciable para los franceses, pero también para los italianos, no cabe hacerse demasiadas esperanzas en una pronta integración en la CEE, y eso se sabía al detalle desde hace mucho tiempo. No hacía falta que el presidente del Gobierno español hiciera un largo y costoso viaje para confirmarlo.

Para completar este viaje de "verificación", el presidente marchó a Roma. Allí no hubo nada nuevo. Aparte del gesto de encender el cigarrillo del secretario general del Partido Comunista Italiano —gesto que formaba parte de esa intención publicitaria que dominó todo el via-

je-, tampoco en Italia Suárez consiguió mejorar las expectativas españolas de cara a la CEE.

En términos generales, también los italianos —políticos de la oposición incluidos— dijeron sí a la candidatura española. De los problemas concretos se habló poco, lo cual no oculta la gravedad de los mismos. Italia es, y en mayor medida que Francia, competidora española en el terreno agrario, y los fondos comunitarios, especialmente alemanes, son los que sostienen a su agricultura: la entrada de España sería, por tanto, un grave problema —no hay que olvidar que han sido los italianos los que más dificultades han puesto a la hora de renovar el Acuerdo comercial—. También hay cuestiones pendientes en el terreno industrial: pero en esto los italianos no hacen sino coincidir con la mayoría de los miembros de la CEE, que exigen, como paso previo a la entrada, el fin de los aranceles proteccionistas para la industria que existen en España desde tiempo inmemorial. En el comunicado del Presidente Giscard, también se aludía al tema.

La visita al Papa, en su residencia de Castelgandolfo, podría haber sido el remate ideal de un viaje triunfante. Holanda, Dinamarca, Francia, Italia y el Vaticano. Pero cuando el presidente Suárez se entrevistó con Pablo VI, cualquier ilusión de que el viaje era un éxito ya se había disipado. Y sólo el consejo papal —"Tenga usted imaginación para encauzar las aspiraciones del pueblo"— tenía merecida trascendencia pública.

Porque tampoco cabía esperar avances sustanciales en el terreno del Concordato con la Santa Sede, hoy en fase de estudio y de análisis pormenorizado. Evidentemente, el jefe del Gobierno UCD habrá informado al Papa de las intenciones de su partido en materia religiosa, de la personalidad y objetivos de sus ministros de Asuntos Exteriores —al que ya conocía Pablo VI—, Justicia y Educación, que son las carteras decisivas en las relaciones con la Iglesia: los tres pertenecen a la esfera democristiana —los dos primeros al grupo Tácito— y eso cuenta. Pero cuenta en una negociación a fondo, no en un viaje del que, evidentemente, no se van a sacar resultados significativos.

Tras un incomprensible "salto" a Malta, que sólo podría justificarse si se entiende que el presidente trata de emular al brillantísimo Kissinger de sus mejores épocas, el señor Suárez

Ceuta y Melilla como problema

El sábado 3 de septiembre se desarrollaba en Ceuta —casi simultáneamente que en San Sebastián, aunque bajo diferentes y opuestos conceptos— una manifestación autorizada para resaltar el carácter español de la plaza norteafricana. Durante toda la semana precedente, en TRIUNFO se habían estado recibiendo cartas, telegramas y llamadas expresándose en muy diversa forma sobre el innegable eco del artículo "Ceuta tiene miedo", de Fernando González, que, juntamente con los ya aparecidos, "Gibraltar, una isla mediterránea", "La guerra secreta de Melilla" y "Rota Go Home", en el presente número, pretendía dar una llamada de atención sobre enclaves y puntos conflictivos del Estrecho y Norte de África.

El diario ceutí "El Faro de Ceuta" ha dedicado sobrado espacio a insultar en el más arcaizante tono fascista a Fernando González, a TRIUNFO, y "a cierta prensa". Numerosas cartas y tarjetas postales recibidas mantienen idéntico tono agresivo. No dan argumentos, simplemente agreden. Es esta una característica esencial del fascismo, lo que, entre otras motivaciones, viene a dar fe de la veracidad de las apreciaciones del artículo acerca de cierta "clase dirigente procedente del fascismo". Términos como "mal parido", "el tal González", "Señores Gonzalillos y demás libelistas...", ¿tienen alguna espina enconada? Tan agradecidos estáis a los moritos, tanto gusto os dan", etcétera, dan una idea del nivel lexicográfico del único órgano de comunicación escrita de Ceuta. Otros escritos, más moderados —como el que firman 24 socialistas que se autodefinen como "clase media"—, se quejan de la escasa interpretación que se da, en dicho artículo, al problema social, negando, a su vez, el pretendido carácter colonialista. Finalmente, algunos caballas, con nombres y apellidos, han escrito y telefonado a TRIUNFO para solidarizarse con dicho reportaje. Una evidente falta de espacio impide recoger detalladamente la copiosa correspondencia sobre el tema.

El Centro de Hijos de Ceuta o Adolfo Espi Valero —en nombre de Acción por Ceuta— repudian el reportaje sin aportar argumentos de valor. Acción por Ceuta llega a afirmar: "Y, finalmente, agradecerle el que nos llame fascistas, porque con esta frase nos ha puesto muy claro por qué y para quién trabaja, conocemos de so-

bra la opinión de la II y III Internacionales Marxistas (sic) con respecto a nosotros, y, por tanto, no nos sorprende su artículo...". Solamente una ausencia continuada de crítica —durante los largos años del franquismo— en las plazas africanas explica la inusitada reacción que el artículo ha provocado.

Si alguna duda hubiera sobre si Ceuta tiene miedo, ha quedado sobradamente despejada. El viernes 26 de agosto, tras numerosas comunicaciones en tono desabrido, hubo un aviso telefónico de que "una bomba había sido colocada en la Redacción". De momento, todo quedó en un aviso. Sólo un miedo insuperable puede condicionar a determinados grupos a agredir sin razonar, a insultar sin leer detalladamente el artículo objeto de debate. El diario "El Faro de Ceuta" encabezó la agitación, obligando a que lectores inhabituales compraran ejemplares de TRIUNFO hasta agotarse. Se recogieron firmas, se activaron envíos de tarjetas y telegramas. E incluso se convocó una manifestación que posteriormente se extendió a la protesta contra los parlamentarios andaluces que se negaban a admitir en su asamblea a los de Ceuta y Melilla. Africa Gran, en "El Faro de Ceuta", aseguraba: "Simplemente decirle (a Fernando González) que si viniera la que todos los ceutíes en estos momentos pensamos, seguramente podríamos adquirirla por algún cabaret de los existentes". Su escrito, a modo de arenga, se encabezaba con un "Ceutíes: ...", ampliamente significativo.

TRIUNFO tiene abiertas sus páginas —como inalterablemente ha demostrado, incluso en momentos difíciles— al diálogo y la polémica. Nunca al insulto o al desplante rabioso y grosero. El problema de Ceuta —como el de Melilla— no se va a resolver con esos desplantes airados, sino con diálogos democráticos. Una crítica abierta, a la que evidentemente no están acostumbrados los ceutíes —he aquí otra nota más del ambiente proteccionista con que han sido tratados, síntoma de un residuo colonial—, provoca reacciones temerosas. Con certeza se puede asegurar que el problema de Ceuta y Melilla es complejo si sus grupos de presión recurren a la agresividad como sistema. Mientras tanto, permanecen el "cien por cien" de los sueldos, el comercio, el chabolismo y la grifa, entre otros males endémicos. ■

tuvo que volver precipitadamente a Madrid, adelantando su regreso. La tensión política de la última semana le exigía urgente atención a los graves problemas interiores.

Y esto último podría ser casi la moraleja del viaje: más vale tratar de arreglar los problemas de casa que buscar en el exterior una popularidad que en casa no se consigue... y fuera tampoco. No se puede calificar de fracaso el periplo europeo de Suárez. Y mucho menos de éxito: sencillamente, ni lo uno ni lo otro esta-

ban previstos en el programa. La imagen del presidente moderno que cena en Amsterdam, desayuna en París y cena en Roma (con comunistas, además), que aparece siempre activo ante las cámaras de televisión —pero que necesita intérprete para hablar con Giscard—, era lo único pretendido. Pero el país es ya lo suficientemente maduro y tiene los suficientes problemas como para no dejar impresionarse por estos "movimientos tácticos".

Lo que por último cabe señalar es que si los consejeros del

presidente Suárez creían que eran posibles otros objetivos en el terreno de las relaciones concretas, y durísimas, con la CEE, se equivocaban de parte a parte: y sin buscar otras fuentes, en ello insistía una parte de la prensa desde hacía tiempo. Se dice que Marcelino Oreja estaba enormemente preocupado por este hecho y por el sentido del viaje, un sentido que él no encontraba por ninguna parte. Pero, a lo mejor, los consejeros del presidente, sí. Lo cierto es que Oreja tenía razón. ■